

La OTAN, la Unión Europea y Estados Unidos orientan la seguridad global
hacia un enfoque integral



29 enero

El panorama internacional atraviesa un momento de **tensión acumulada** en el que las certezas estratégicas heredadas de la posguerra fría se muestran cada vez menos eficaces para interpretar la realidad. La multiplicación de conflictos de alta intensidad, la normalización del uso de tecnologías disruptivas en el combate y el debilitamiento progresivo de los mecanismos multilaterales han configurado un entorno marcado por la **volatilidad, la fragmentación y la incertidumbre**.

En este escenario, las decisiones adoptadas en los últimos días por la OTAN, la Unión Europea y Estados Unidos ofrecen una radiografía precisa de los dilemas que atraviesan las principales potencias occidentales. Desde la adaptación acelerada de las capacidades militares frente a la **proliferación de**

drones, pasando por el endurecimiento del **marco sancionador contra Irán**, hasta el intento de rediseñar la arquitectura de **seguridad en Gaza**, estas iniciativas no constituyen respuestas aisladas, sino parte de un proceso más amplio de reajuste estratégico frente a un orden internacional en transición. Lejos de soluciones inmediatas, este conjunto de medidas apunta a una tendencia estructural, que es la necesidad de reconstruir los **instrumentos de seguridad colectiva** para responder a amenazas cada vez más híbridas, descentralizadas y difíciles de disuadir por medios convencionales.

La proliferación de drones ha redefinido el campo de batalla contemporáneo, a partir de su uso táctico en conflictos convencionales pasando por su empleo por actores no estatales, los drones se han consolidado como **herramientas de bajo coste**, alta precisión y gran impacto estratégico. Consciente de esta evolución, la OTAN ha intensificado su cooperación con el sector industrial durante la denominada **Semana C-UAS**, centrada en el desarrollo de capacidades para contrarrestar estas amenazas.

La participación directa del secretario general de la Alianza, Mark Rutte, en este foro refleja la prioridad otorgada al desafío que suponen los drones para la defensa colectiva. En este espacio, representantes de los Estados aliados, expertos militares y líderes de la industria debatieron sobre **soluciones tecnológicas avanzadas** destinadas a neutralizar tanto drones comerciales modificados como sistemas militares de última generación, y es que la **experiencia acumulada en Ucrania**, donde los drones han desempeñado un papel decisivo en tareas de reconocimiento, ataque y sabotaje, ha servido como catalizador para acelerar esta transformación doctrinal.

Este proceso no se limita únicamente al ámbito técnico, ya que implica también una revisión conceptual del modo en que las fuerzas armadas occidentales

entienden la protección del **espacio aéreo**, la defensa de **infraestructuras críticas** y la **seguridad de las fronteras**. Las incursiones no autorizadas en espacio aéreo aliado y el uso masivo de drones en conflictos recientes han evidenciado la **vulnerabilidad de los sistemas tradicionales**, obligando a la OTAN a reforzar su coordinación interna y su cooperación con empresas tecnológicas especializadas.

Así, la lucha contra los drones se convierte en un eje central de la **defensa del siglo XXI**, en el que la integración de sensores, inteligencia artificial, guerra electrónica y sistemas cinéticos de neutralización resulta indispensable para garantizar la superioridad operativa de la Alianza.

En paralelo a esta evolución tecnológica, la Unión Europea ha protagonizado un movimiento de gran calado político al avanzar hacia la designación del **Cuerpo de la Guardia Revolucionaria Islámica de Irán** (IRGC, por sus siglas en inglés) como **organización terrorista**. Este paso, largamente debatido, ha sido posible tras el cambio de postura de Francia, hasta ahora uno de los principales obstáculos para alcanzar el consenso necesario.

La decisión responde tanto a la represión ejercida por el régimen iraní contra las protestas internas como a la creciente preocupación por el papel destabilizador del IRGC en Oriente Medio, particularmente a través del apoyo a milicias aliadas y de su implicación en **programas balísticos y nucleares**. Al apoyar formalmente esta designación, París se alinea con Berlín y Roma, allanando el camino para una postura europea más firme y cohesionada.

Desde una perspectiva estratégica, esta medida supone un endurecimiento significativo del **enfoque europeo hacia Teherán**, de modo que, más allá de su

impacto simbólico, la inclusión del IRGC en la lista de organizaciones terroristas conlleva **consecuencias prácticas relevantes**, como congelación de activos, restricciones financieras, limitaciones diplomáticas y un refuerzo del aislamiento internacional del régimen iraní.

No obstante, este giro no está exento de riesgos, dado que **Irán ha advertido de posibles represalias**, lo que podría traducirse en una mayor tensión en el Golfo Pérsico, en la intensificación de actividades indirectas a través de sus aliados regionales o incluso en un deterioro de la seguridad energética europea. En este sentido, la decisión europea pone de manifiesto la compleja interacción entre valores, seguridad y pragmatismo que caracteriza la política exterior de la Unión Europea.

Mientras Europa redefine su estrategia frente a Irán, Estados Unidos impulsa una ambiciosa iniciativa para transformar radicalmente la realidad de seguridad en Gaza. En el marco del **Consejo de Seguridad de la ONU**, Washington ha planteado un plan integral que vincula la retirada progresiva de las tropas israelíes con la completa **desmilitarización del enclave palestino**.

El núcleo de la propuesta consiste en un programa internacional de recompra de armas, financiado por la comunidad internacional, que permitiría **retirar de circulación el arsenal en manos de Hamás** y otros grupos armados. Este mecanismo se complementaría con un proceso supervisado por observadores independientes, encargados de verificar la destrucción de túneles, fábricas de armamento y demás infraestructuras militares.

Además, el plan contempla la creación de una **administración transitoria**, respaldada por una fuerza internacional de estabilización, cuyo objetivo sería garantizar la gobernanza civil, coordinar la reconstrucción y facilitar la

reintegración socioeconómica de los excombatientes, todo ello con el objetivo de sentar las bases de un nuevo equilibrio de poder en Gaza, en el que Hamas quedaría excluido de cualquier función política o administrativa.

Sin embargo, la viabilidad de esta **estrategia sigue siendo incierta** considerando que existen señales de apertura al diálogo sobre el desarme, las reticencias internas, la fragmentación del liderazgo palestino y la desconfianza histórica entre las partes que complican su implementación, sumado al **desafío logístico y financiero** que implica sostener un programa de recompra de armas a gran escala en un territorio devastado por años de conflicto.

En este escenario, la cooperación multilateral, la anticipación estratégica y la integración tecnológica se consolidan como pilares fundamentales para garantizar una estabilidad duradera, mientras que el éxito de estas políticas dependerá, en última instancia, de la capacidad de los actores implicados para combinar firmeza, pragmatismo y visión a largo plazo en un mundo cada vez más interconectado e incierto.